

Aunque tengo la conciencia de que nada hay en mis escritos que no sea netamente ortodoxo y conforme con las doctrinas Romanas en toda su pureza, los someto, una vez más, al supremo juicio de la Sede Apostólica. Protesto, también, que si á algún individuo ó colectividad ha ofendido, aun involutariamente, mi pluma, estoy dispuesto á darle cumplida satisfacción, como siempre lo he hecho. No me han pagado en igual moneda los que me han herido á mansalva; pero esto mismo me mueve á reiterar la anterior protesta, en estas líneas, que servirán de prólogo al presente volumen, de epílogo á toda la obra, y al autor, de testamento pastoral.

Abril de 1908.



CARTA PASTORAL

COMUNICANDO Y COMENTANDO

LA PRIMERA ENCÍCLICA DE S. S. EL PAPA PÍO X,

GLORIOSAMENTE REINANTE.



NOS, EL DOCTOR Y MAESTRO D. IGNACIO MONTES DE OCA Y OBREGÓN,
POR LA GRACIA DE DIOS Y DE LA SANTA SEDE APOSTÓLICA,
OBISPO DE SAN LUIS POTOSÍ, PRELADO DOMÉSTICO
DE SU SANTIDAD Y ASISTENTE AL
SOLIO PONTIFICIO.

Á NUESTRO VENERABLE CABILDO, AL CLERO Y AL PUEBLO DE NUESTRA DIÓCESI,
SALUD Y BENDICIÓN.

Venerables Hermanos é Hijos Nuestros:

A LOS dos meses de su coronación, Nuestro
augusto Pontífice Pío X ha dirigido á los
Prelados del Orbe Católico su primera Encí-
clica, y es nuestro deber comunicárosla oficialmente.
Hay dos modos de dar á conocer á los fieles esta clase
de soberanos documentos. El primero es transcribir-
los al pie de la letra, y esto se hace cuando las Le-
tras Apostólicas van dirigidas no sólo á los Obispos,
sino á todo el pueblo cristiano. El segundo es hacer
un extracto fiel de la Encíclica, copiando íntegros al-

gunos párrafos, omitiendo otros, compendiando otros, comentando todos con más ó menos brevedad y señalando á la atención de los lectores los pasajes más salientes. Esto puede practicarse con los documentos dirigidos tan sólo á los Prelados; y tal es el método que vamos hoy á seguir.

Empieza de esta manera la preciosa Encíclica:

Al dirigiros por primera vez la palabra desde lo alto de esta cátedra apostólica, adonde hemos sido elevado por impenetrable designio de Dios, no es necesario recordaros con qué lágrimas y cuán fervorosas oraciones Nos esforzamos en apartar de Nós la enorme pesadumbre del Apostolado Supremo. Á pesar de la absoluta desproporción de méritos, parécenos que bien podemos apropiarnos los lamentos de San Anselmo cuando, desatendidas su oposición y repugnancia, vióse obligado á aceptar la dignidad episcopal. Las muestras de sentimiento que entonces dió, Nos podemos repetir las á nuestra vez, para que se vea en qué disposición de alma y voluntad hemos aceptado el tremendo ministerio de Pastor de la grey de Cristo.

«Las lágrimas de mis ojos lo atestiguan —escribía el Santo— y asimismo los gritos y como los rugidos que lanzaba mi corazón en su profunda angustia. Tales fueron, que no conservo memoria de haber exhalado otras semejantes en ninguna tribulación anterior al día en que cayó sobre mí como un infortunio el arzobispado de Cantorbery. No pudieron ignorarlo cuantos aquel día vieron mi rostro de cerca. Asemejándome á un cuerpo muerto más que á un vivo, estaba pálido de consternación y dolor. A esta elección, mejor diré, á esta violencia, declaro en verdad que he resistido hasta aquí, cuanto me ha sido posible. Mas quiéralo ó no, me veo ahora forzado á conocer, cada vez más claramente, que los designios de Dios contradicen á mis esfuerzos, de tal suerte, que ya no me queda medio de rehuirlos. Vencido, menos por la violencia de los hombres, que por la de Dios, contra quien no hay prudencia que prevalezca y después de haber hecho cuanto podía para que este cáliz se aparte de mí sin que yo lo beba, no hallo

otra resolución á que inclinarme, sino la de renunciar á mi propio sentir y querer y entregarme al juicio y á la voluntad de Dios.»

¿A quién no enternecen estas sentidas frases? Tanto las que se apropia del gran San Anselmo, como las que su propia conciencia le dicta, respiran tal sinceridad, tal unción, que no podemos menos que mezclar nuestras lágrimas á las de Pío X, y casi le ayudaríamos á rechazar de sí el amargo cáliz, si su propia repugnancia no nos convenciera de que es verdaderamente el elegido por el Espíritu Santo para regir la Iglesia de Dios y llevar la barca de Pedro al puerto de salvamento.

¿Pero por qué tal llanto, por qué tanta aversión á empuñar el gobernalle de una nave que estamos seguros no ha de naufragar? ¿Por qué tiembla el Pontífice á la vista de esa tiara que le ofrece el augusto Senado de los Cardenales electores? Oigamos, Hermanos é Hijos Nuestros, sus poderosas razones.

Ciertamente, no Nos faltaban numerosos y graves motivos para sustraernos de esta carga, porque, sin contar con que, en razón de Nuestra pequeñez, de ningún modo podíamos estimarnos dignos del honor del Pontificado, ¿cómo no habíamos de sentir profunda emoción, viéndonos elegido para suceder á quien durante los veintiséis años, ó poco menos, que con prudencia consumada gobernó la Iglesia, manifestó tal robustez de entendimiento y tan insignes virtudes, que se impuso á la admiración de sus mismos adversarios, y con el brillo de sus obras inmortalizó su fama? Además, y omitiendo otras muchas razones, experimentábamos una especie de terror al considerar las desgraciadas circunstancias en que á la hora presente se encuentra la humanidad. ¿Cómo no ver la enfermedad tan honda y grave que

en este momento tiene más postrada que nunca á la sociedad humana, enfermedad que, exacerbándose todos los días y corroyéndola hasta las entrañas, la lleva á la destrucción? Bien conocéis, Venerables Hermanos, este padecimiento, el cual consiste en apartarse de Dios y caer en la apostasía; y nada hay, en verdad, que conduzca más seguramente á la ruina, según esta palabra del Profeta: *He aquí que los que de ti se alejan, perecerán*. Entendimos que, en virtud del apostólico cargo á Nos confiado, Nos competía poner remedio á tan grave mal, y juzgamos que á Nos se había dado esta orden de Dios: *He aquí que hoy te doy autoridad sobre las naciones y sobre los reinos para desarraigar y destruir, edificar y plantar*. Pero, conociendo claramente nuestra flaqueza, Nos ponía miedo el encargarnos de empresa tan sumamente dificultosa, y á la vez tan apremiante, que no consiente dilación.

Al leer esta triste descripción, que su misma brevedad hace más terrífica, de los males que aquejan en estos momentos al mundo, casi maquinalmente abrimos el libro de las Encíclicas de León XIII, y releímos de nuevo la que hace más de veinticinco años, también á los dos meses de su coronación, se dignó dirigirnos. En ella encontramos desde luego el siguiente párrafo:

«Desde los primeros días de Nuestro Pontificado, se nos presenta á la vista el triste espectáculo de los males que por todas partes afligen al género humano: esta tan general subversión de los principios en los cuales descansa, como en sus fundamentos, el orden social; esta soberbia de los ingenios que no toleran ninguna legítima sujeción; esta causa perpetua de discordia, origen de intestinos conflictos y de guerras crueles y sangrientas; el desprecio de todas las leyes de la

moral y de la justicia; la insaciable codicia de bienes caducos y el desprecio de los eternos llevado hasta el loco furor, con el cual tantos infelices atentan contra su vida; la mala administración, prodigalidad y malversación de los fondos públicos, así como la impudencia de aquellos que con engañadora perfidia quieren ser tenidos por defensores de la patria, de la libertad y de todo derecho; finalmente, esa especie de gangrena que circula por las fibras más íntimas de la sociedad humana, que la inquieta y amenaza arrastrarla á nuevas revoluciones y á espantosas catástrofes.»

Al comparar una y otra descripción, el desaliento se apodera de nosotros y no podemos menos que exclamar: ¡Qué! ¿Nada se ha ganado en un cuarto de siglo? ¿El torrente que no pudo contener la energía de Pío IX, tampoco fué encauzado por la diplomática contemporización de León XIII? ¿De qué medios se valdrá ahora el Décimo Pío para que las olas no sigan azotando la barca en que parece dormir el Divino Maestro?

Sigamos escuchando sus augustas palabras:

Con todo eso, habiendo placido á Dios elevarnos desde Nuestra bajeza á esta plenitud de potestad, buscamos valor en *Aquél que nos conforta*, y poniendo manos á la obra, sostenido por la divina virtud, declaramos que Nuestro único fin en el ejercicio del supremo Pontificado, es el de *restaurar todas las cosas en Cristo*, para que *Cristo sea todo y esté en todos*. Sin duda, no faltarán algunos que, aplicando á las cosas divinas la ruin medida de las humanas, traten de descubrir Nuestros más íntimos pensamientos y quieran convertirlos á sus miras terrenas y á sus intereses de partido. Para poner coto á estos

vanos intentos, afirmamos con toda verdad que Nos no queremos ser y, mediante la gracia divina, no seremos en medio de las sociedades humanas sino ministro de Dios, que nos ha revestido de su autoridad. Sus intereses son los Nuestros, y Nuestra resolución inquebrantable consiste en poner á su servicio toda Nuestra energía y Nuestra vida toda. Por lo cual, si se nos pidiese un lema, no daríamos sino éste, sacado del fondo de nuestra alma: *Restaurar todas las cosas en Cristo.*

Cuando León XIII, en su referida primera Encíclica, propone el remedio á los males que aquejan al mundo, desde luego señala á los náufragos mortales la Iglesia fundada por Cristo; Pío X indica sin vacilar á Cristo, fundador divino de la Iglesia. Si idénticos son, pues, los males, idéntico es igualmente el remedio; y al hablar el nuevo Papá después de veinticinco años, no discrepa en lo más mínimo de su glorioso Predecesor. Esto lo veremos más palpablemente en la serie de párrafos que siguen. En unos repite y desenvuelve lo que ha dicho sobre las calamidades que nos cercan. En otros habla ya no sólo de Cristo, sino expresamente de la Iglesia por Él fundada. Leedlos sin interrupción.

Queriendo, pues, emprender y proseguir esta magna empresa, lo que acrecienta Nuestro entusiasmo, Venerables Hermanos, es la seguridad de vuestro decidido concurso. Si lo dudásemos, pareceríamos teneros, con harta equivocación, por ignorantes é indiferentes ante la impía guerra que está declarada, y en todas partes continúa moviéndose á Dios. Demasiado cierto es, en nuestros días, que *se han embravecido las naciones y los pueblos maquinan vanos proyectos* contra su Criador, y casi general se ha hecho el grito de sus enemigos: *¡Apártate de nosotros!* De donde procede que la mayoría de ellos rechace enteramente todo respeto divino, y de donde provienen los hábitos de vida, así pública como privada, en que para

nada se tiene en cuenta la soberanía de Dios, llegándose al punto de que no se omita esfuerzo ni arte para borrar enteramente la memoria de su nombre y la noción de su existencia.

Quien pondere estas cosas, bien puede temer que semejante perversión de las almas sea el principio de los males que están anunciados para el fin de los tiempos, puestos ya en contacto con la tierra, y que el *hijo de perdición*, de que habla el Apóstol, haya aparecido verdaderamente entre nosotros: tan grande es la audacia, tanta la furia con que por doquier se combate á la Religión, y se trata de destruir los dogmas, y se procura con tenaz esfuerzo romper toda relación entre el hombre y la divinidad. En cambio, y este es, según el dicho del mismo Apóstol, el carácter propio del Antecristo, con incalificable temeridad ha usurpado el hombre el puesto del Creador, alzándose *contra todo lo que dice Dios*. Y á tal extremo, que incapaz de extinguir en él mismo completamente la noción de Dios, sacude, sin embargo, el yugo de su majestad y á guisa de templo se ofrece á sí propio el mundo visible, donde pretende que sus semejantes le adoren. *Pone su asiento en el templo de Dios, dando á entender que es Dios.*

Cuál ha de ser el éxito de esta guerra que mueven á Dios los débiles mortales, á ningún hombre sensato puede ofrecer duda. Posible es, ciertamente, que el que quiere abusar de su libertad, atropelle los derechos y la suprema autoridad del Creador; mas al Creador pertenece siempre la victoria. Y aun es poco decir, porque la ruina se cierne más próxima al hombre cuando se yergue más audaz con la esperanza del triunfo. De lo cual nos avisa Dios mismo en la Sagrada Escritura, donde se dice que *disimula los pecados de los hombres*, como olvidándose de su poder y majestad; mas á pesar de esta aparente desventaja, *despierta el Señor como un valiente refocilado con el vino y quebranta la cabeza de sus enemigos* para que todos sepan que *Dios es el Rey de toda la tierra y las gentes conozcan que no son sino hombres*. Todo esto, Venerables Hermanos, Nos lo tenemos por fe cierta y en ello se cifra Nuestra esperanza.

Pero esta confianza de ningún modo nos dispensa, en cuantos otros toca, de abreviar la acción divina, no sólo por medio de la oración perseverante: *Levántate, Señor, haz que no prevalezca el hom-*